

## **Margarita Riquelme** **(o la memoria de las bestias)**

*por Benjamín Salas Sadler*

¿Era Marta, mi hermana, una criatura voluntariamente malvada? Para el señor Martínez Estrada, no. Para mí, no lo sé. Sólo la luz que entraba en La Magnolia, nuestra casa, era capaz de mostrarnos a Marta apoyada por horas en el tronco del magnolio, mientras le contaba secretos a los pimpollos y reía, hasta que, de pronto y con la misma luz, su cara blanca color del sol se oscurecía, sus sombras se invertían, su voz se juntaba con la noche y el magnolio, entre la humedad y los dedos de Marta, se estremecía.

Nuestro padre sospechaba de su hija, de una pequeña criatura. Marta se paseaba, a penas caminado, y él se escondía, escapaba, tomaba su saco y salía campo traviesa hacia la noche. Mi padre tenía ojos de futuro, cada luz que tocaba sus pupilas era el contorno del presagio. Solía hablar solo y a veces nos observaba como si fuésemos una foto o un recuerdo ajeno, de alguien desconocido. Algunas noches, nuestro padre se hundía en su cama, sollozaba, nuestra madre nos decía que fuéramos a jugar afuera, al magnolio. Nuestro padre que tenía fiebre y delirios, hablaba cosas que no entendíamos. Con Marta nos quedábamos escuchando tras la puerta, decía lugares y nombres de árboles, nombraba a Tío Antonio y sobre todo a Marta. Pobrecito, decíamos, entre risas. Solíamos salir al patio, sentarnos bajo el magnolio, tomar hojas y ramas secas del piso y les asignábamos algo o alguien que papá había nombrado en sus delirios. A veces yo era una rama o una flor seca o un abejorro muerto, Marta podía ser

una piedra, un poco de tierra apelmazada o un pinpollo que ella misma había arrancado. No importaba quién era qué. Al terminar de juntar las partes del delirio, cambiábamos el orden o las pasábamos a otro delirio, si era Nacimiento-Marta-Dios, ahora era Dios-Tio Antonio-Muerte, si el delirio era Magnolio-Muerte-Marta, lo pasábamos a Margarita-Magnolio-Eternidad. Así pasamos mañanas y tardes jugando mientras nuestra madre cuidaba o buscaba desesperadamente a nuestro padre.

Marta no recuerda nuestro juego o, simplemente, nunca lo volvimos a jugar. Una noche, en que nos sentamos bajo el magnolio a resolver presagios, Marta se paró de golpe, pateó las flores que usábamos para representar el futuro y me gritó “Margarita, devolveme a mi novio”, Marta tenía 9 años. A la mañana siguiente, Marta no estaba en su lado de la cama. Con mi madre y María buscamos por todas las habitaciones de la casa, nuestro padre había escapado ante el delirio del presagio, sólo nosotras comenzamos la búsqueda. Entrábamos a las habitaciones y los parientes que estaban ahí hacían como que no nos entendían, incluso algunos decían no conocer a ninguna Marta. Mi madre lloraba, es culpa de tu padre, decía. Volvimos a nuestra parte de la casa, estábamos exhaustas, no porque fuese una gran proeza recorrer La Magnolia, sino por la falta de empatía de los parientes, inquilinos y algunos extraños.

Marta aún era una niña, no había incomodado con su presencia a nadie, no como en los años siguientes donde la mayoría evitaba mirarla a los ojos o siquiera cruzarla en un pasillo. No sabíamos cómo podría haber desaparecido. María, que para ese entonces era muy chiquita, dijo que se la habían comido los perros, lo dijo varias veces, que había visto un perro de mucho pelo, lo veía pasar por la puerta, siempre de noche. Mi madre no la escuchó,

hizo como si nada, apoyó su cabeza en su mano y soltó una lágrima. Yo sabía que no era cierto, María había escuchado como jugábamos a descifrar los delirios de nuestro padre, uno de ellos era Perro-Sueño-Noche.

Creí que nunca más veríamos a Marta, tampoco a mi padre, creí que el magnolio se secaría, los hongos se lo comerían por dentro, caerían sus hojas, sus flores desordenadas en el piso con el resto del árbol serían un largo delirio que mataría a mi padre, que expulsaría a nosotras y a los residentes de La Magnolia hacia el destierro.

Al caer la noche, se oyó un silbido y salimos a mirar por el pasillo hasta el mangolio. Era Tío Antonio quien traía a Marta, la tenía tomada de la mano, ella lloraba sin lágrimas, gritaba y se ahogaba pero su cara estaba seca. Tío Antonio nunca dijo dónde la encontró ni de dónde había sacado ese cuaderno en el cual Marta comenzó a escribir a diario. A los dos días nuestro padre apareció, llevaba la cara y las manos sucias, traía un olor que nunca volví a oler. Nos besó y abrazó, menos a Marta.

\* \* \*

La Magnolia crecía. Cada día parecía haber más inquilinos, supuestos parientes nuestros o hijos de algún difunto de apellido Riquelme. Incluso, algunos de ellos llegaban contando que su padre o madre había hablado mucho de La Magnolia antes de morir, decían “somos parte de la Magnolia, también” y mi padre los dejaba entrar, les daba un espacio o incluso construían sus propias paredes y le agregaban un techo de chapa, luego tiraban unos sacos con un poco de paja en el suelo, prendían el bracero y comenzaban a charlar como si siempre hubiesen vivido ahí. Mi madre reprendía a mi padre, le decía que no podíamos ser tantos en la

casa, que por lo menos debíamos cobrar, pero mi padre se tomaba la cara y con voz suave decía “como crecen las flores, crece el magnolio”.

Yo nunca entendí a mi padre y sus presagios. Dejé de pensar en ellos, de jugar con Marta, y comencé a pasar el tiempo con los recién llegados. Me veían y me acercaban, me tomaban de la mano o la cintura, eran altos bajos varoniles afeminados felices y malnacidos hambrientos y pudientes cuerdos y melancólicos héroes y bestias, eran hombres.

Un día llegó Mario, traía su ropa limpia y las manos gastadas.

Lo encontré en medio del patio, me contó que su tío había vivido aquí, que incluso él había estado de pequeño en La Magnolia, al decirlo se acercó al magnolio y pareció emocionado. Decía ser estudiante, pero nunca lo vimos leer ni escribir nada. No tenía mucho de qué hablar, sus palabras estaban vacías, sólo traían unas intensas ganas de amar. Me amó muchas noches, días enteros. Sus manos fuertes no parecían de un estudiante, su espalda, su cuello, sus piernas, fueron el molde de la belleza.

Por las noches, cuando Marta se escondía a escribir en su cuaderno, yo me unía a Mario en su habitación. Lo quise mantener alejado de los delirios de mi padre, del sufrimiento de mi madre y de la luz que iluminaba a Marta. Una noche lo vi en su habitación, traía cigarros en el bolsillo de su camisa, le pedí uno y me dijo “no fumás”, le respondí que él tampoco. Mario intentaba ser como el resto de los hombres, por lo menos de los que deambulaban por La Magnolia, la mayoría fumaba, llevaba a una mujer a su lado y, del otro, una camada de niñas y niños, eran hombres que llevaban la mugre igual de pegada a la cara que la sonrisa, eran parte de algo, del magnolio, eran una rama o una hoja o el viento que lo inquieta. Mario aún no tenía hijos y sólo me veía a

mí por las noches, de día nadie sabía qué hacía pero no se lo veía por La Magnolia. Aunque Mario veía el magnolio como también veía a las familias florecer a su alrededor, no entendía que eran la misma cosa, que una era la representación de la otra, todos ahí en la casa lo sabíamos, por eso estábamos ahí y cuidábamos el árbol.

Era Mario el único errante de la casa hasta que, esa misma noche, Marta se cruzó en su mirada.

Luego de negarme el cigarro y aceptar su desarraigo, Mario salió al pasillo, en dirección al patio. Al cegarse con la llama del fósforo, vio a Marta sentada, apoyando su cabeza contra el tronco del magnolio. La vio envuelta en la turbulencia gris del cigarro, la vio hablarle en secreto al árbol. Marta ya me había quitado novios. Mario bajó las escaleras, iba casi desnudo, se le acercó a Marta y se sentó junto a ella, junto al tronco, se puso a escuchar las palabras que salían de la boca de Marta. Al ver cómo Mario, mi hombre, mi bestia y mi héroe, se iba con mi hermana, comencé a llorar y a gritar, tomé las sábanas de la cama de Mario y las amarré a la viga, hice un nudo y me lo até al cuello, maldije a mi hermana, a mi padre, a los presagios, al cuaderno que Marta llenaba de palabras y, sin despedirme, salté, la viga se quebró y caí al piso. Al levantarme, los vi enmarcados en el umbral, Mario atrás de ella, como si habitara el futuro, como si Marta fuese el presente y yo el pasado.

Ni mis padres supieron de mi intento de suicidio. Marta, al día siguiente, me dijo que no era mi momento, su voz había cambiado, como si alguien hablara por ella. Mario no volvió a hablarme. Sólo a veces, se acercaba para pedirme algo, parecía un extraño. El cuerpo de Mario seguía siendo como yo lo conocí. Ya no podía sentir sus brazos ni su cuello, pero sabía, por el olor de

su piel, de su ropa, que aún eran como en mis recuerdos, como yo lo sentí y lo imaginé. Ni Mario ni Marta lo sabían. Aunque Marta lo llevara de la mano hasta el escampado y se escondieran tras las máquinas, Mario seguía siendo mío porque ella quizás tenía el cuaderno del futuro, tenía las páginas en blanco donde podía escribir sin miedo, sin sombras, sin los temores que a mí me acechaban. En cambio, yo llevaba el tesoro del recuerdo, cualquier día que se pintara con el color de la primavera, del presente, la humedad se filtraba, lunares negros venían a recordarme que cualquiera sea su forma, la bestia que poseerá mi hermana, también la poseí yo.

\* \* \*

Su cuaderno se quedó sin hojas prontamente. Sus tardes esperando a Mario, o a cualquiera que me haya dejado, las pasaba escribiendo. Su mano delicada viajaba de un extremo al otro, el sol le daba de lleno, su vestido blanco iluminaba. Nos preguntábamos qué era lo que escribía y Marta decía “un cuento, una historia que nunca será real, de personajes inmortales, donde la miseria es la misericordia, donde las mujeres manejan el destino de los hombres”. Otras veces decía que era una biografía del magnolio, todo lo que el árbol le contaba, ella lo escribía. Marta me hacía sentir observada, como la madera viva del árbol que veíamos a toda hora, ahí en medio de la casa, dándole nombre al lugar, al tiempo, a nuestras vidas.

Un verano de mucho calor mi padre volvió a enfermar, del calor y la fiebre comenzó a delirar, como hacía usualmente. Esta vez se marchó por varios días. Mientras mi madre se desesperaba, Marta mantenía su amor por Mario y por su escritura. Yo me la pasaba recordando cada beso de Mario mientras me enredaba con

bestias pasajeras de La Magnolia. A la mañana de uno de esos días, Marta despertó desesperada, lloraba a los pies de mi cama. “Papá se llevó mi cuaderno, debes hacer algo” me gritaba y hundía su cara contra las sábanas. Algo se alegraba dentro de mí, Marta siempre ganaba, parecía que todo lo que yo tuve, ahora era de ella y, finalmente, ahora era Marta quien perdía. Luego, la incertidumbre se coló en mi corazón. El magnolio estaba en peligro. Su voz, a través de las manos de mi hermana, se había perdido durante la noche. “Fue tu padre”, dijo Tío Antonio, “tu padre y sus delirios, cree que en ese cuaderno escribes el futuro”, Marta miró a Tío Antonio con ojos cómplices y a la vez incómodos, “el pasado, tío, escribo el pasado”. Me pareció tan débil, vulnerable a las bestias, que le tomé la mano. Tío Antonio quiso apartar a Marta, pero no pudo, ella se resistió, y él se marchó ante la mirada de mi madre que observaba desde la otra habitación. Marta me abrazó, secó sus lágrimas en mi ropa, acaricié su pelo.

—Ten cuidado del tío, que no se te acerque, dile a Mario que te cuide. — Le dije con delicada voz.

—Tío Antonio no hará lo que hizo porque no hizo nada, nunca.

—Marta, cuando hablan de esa pobre criatura, víctima de tío Antonio, hablan de mí.

Sus ojos se agrandaron, negros, llenos de lágrimas. Me empujó contra la pared y tomó mi pelo, tiró todo su cuerpo contra el mío.

—¿Ahora me vas a robar a Tío Antonio también?

No entendí lo que decía. Era ella quien hipnotizaba a las bestias que amé, aquellas que me mostraban su parte de hombre y se encadenaban a mí en el acto, y así, en el recuerdo. ¿Era La Magnolia un espejo y Marta la encargada del reflejo? ¿Estaba yo, Margarita, esculpida en las palabras de mi hermana? ¿Era la pérdida de su cuaderno la libertad de mis recuerdos? Quizás Marta sabía que ahora, desposeída, yo podía viajar a mis memorias y quizás tomar a Tío Antonio, sin el miedo de una niña, y tenerlo como tuve a Mario, podría retener a nuestro padre de salir entre la noche y los delirios, hasta podría ser yo la que se pierde y toma el cuaderno, la que se une al futuro y deja a su hermana desahuciada de deseos, encadenada al recuerdo.

Su cuerpo hería al mío, la sangre manaba desde dentro, en ambas.

—Soltame, Marta, me duele.

Nuestra madre irrumpió en la habitación. Tomó a Marta del pelo, la puso en el piso y con una mano en la espalda le dijo “Te calmás y te lo doy”. Marta dejó de hacer fuerza. Nuestra madre sacó de su vestido un cuaderno, igual al anterior, con las hojas vacías. Marta soltó un suspiro y su cara se secó.

Marta continuó escribiendo. Me observaba y escribía, hablaba con el magnolio mientras me miraba, luego reía y volvía a escribir. Al poco tiempo dejó de importarme. Todo recuerdo quedaba de mi lado, en mi dominio, y ver a Marta dichosa era mi mayor tesoro. Ella vivía estancada en el futuro, gracias a su escritura, mientras yo me hundía en el pasado y el magnolio que, sudoroso por el calor y las guirnaldas que le colgaban, se ocupaba de mantener el presente.

\* \* \*

El señor Martínez Estrada se creyó muchas cosas del supuesto diario de Marta. Pasábamos muchas horas en La Magnolia, es cierto, pero sólo Marta solía decir que éramos presos del lugar. Cuando el calor entraba en La Magnolia, muchos salíamos a buscar refugio en el río. Incluso Marta salía, siempre de noche y sin avisar. Para la mañana ya estaba acá, desayunando junto a Mario o regando el magnolio.

El pueblo se hacía más pequeño con los años y La Magnolia crecía. Los hombres se iban primero, tomaban el micro a Pehuajó, Trenque Lauquen, Pellegrini. A los meses volvían pobres y enfermos, sus mujeres se negaban a recibirlos. “Traen la peste”, “no los dejen entrar”. Esos hombres no eran más que borrachos atacados por piojos y garrapatas, por el hambre y la falta sueño. Otros nunca regresaban, ni una carta mandaban. Algunas mujeres tomaban rumbo hacia cualquiera de estos pueblos en busca de sus maridos. Solían desaparecer, dejaban a sus hijos al cuidado de La Magnolia.

Disfrutábamos de las criaturas. Mario les traía comida y ropa nueva, los cuidaba como si fuesen de Marta. A veces lo veía mimar a alguno de estos niños y recordaba esa bestia que fue Mario, ese animal desterrado que caminó sin rumbo hasta que se cruzó conmigo y luego con Marta. Ahora, de bestia no tenía nada. Su imagen traicionaba a la de mis recuerdos, cada uno de sus movimientos, de sus olores y palabras ahora eran otra cosa. Por eso Marta se quedó con el futuro, en él somos los mismos por siempre, no hay pasado, no hay referencia a quienes fuimos. En cambio, en el recuerdo está la pérdida, el vacío, lo que falta y lo que ya sucedió, no volverá a suceder.

Algunos huérfanos eran adoptados por otras familias. Los veíamos crecer y perderse otra vez. A veces adoptaban tantos niños que no podían con los suyos, entonces los hombres se iban hasta Pehuajó, Trenque Lauquen, Pellegrini y sus mujeres los iban a buscar. Se armaban manadas de niños que se cuidaban entre ellos. Deambulaban por La Magnolia en busca de comida o diversión, algunas familias les tiraban sobras de comida y otras los evitaban. Una noche se oyó como salían de La Magnolia, no sabemos quién se los llevó. Nuestra madre decía que fue la iglesia, otros decían que se los llevaron al ejército. La mañana en que habían desaparecido, Marta me despertó, me pidió que la ayudara a limpiar las hojas secas el magnolio.

Ahora La Magnolia estaba limpia y tranquila. Las familias adornaban el magnolio con guirnaldas y cajas vacías envueltas en papel de regalo. Hacía calor pero un aire frío cruzaba la casa. Los niños que quedaban se perseguían por los pasillos. Las mujeres que aún tenían a sus maridos, se lanzaban sobre ellos, y las que no, aprovechaban de dormir siesta. Las hojas del magnolio volvían a ser verdes, conservaban las flores de su primavera. Y aún así, algo parecía faltar.

Esa misma tarde, entré sonriendo a nuestra habitación. Algo me conmovía, unas cosquillas en el corazón, algo nuevo que no traía sorpresa, ni miedo, como si el presente fuera inmenso y el pasado y el futuro fueran postergables, nimios, cercanos al absurdo.

Mi felicidad no duró lo suficiente. Sobre mi cama yacía Tío Antonio abrazado a Marta, hundidos en hojas rasgadas del cuaderno de Marta, se veían las palabras rotas, separadas, imposibles de leer. Maldije tan fuerte como pude. Maldije a cada uno de los

engendros que pudieran salir del vientre de mi hermana, al tiempo, a sus supuestas intersecciones. Marta se levantó y dijo:

—¡No insultes a mis hijos!

—¡Bastardos, parásitos, bestias! Te comerán por dentro, carne por carne, vida por vida, hasta tu muerte.

Tío Antonio se levantó de la cama.

—¿Padre? ¿Qué haces acá? — Le pregunté.

La cólera me tomaba, se desvanecían mis recuerdos. Marta se entregaba a la primera y última de nuestras bestias. Ese hombre era el reflejo de mi tío y de mi padre, del pasado y del futuro, era mi dolor.

Marta se echó a llorar, se ahogaba en la orilla de la cama, como cuando me suplicó encontrar su cuaderno. No había espacio para el tiempo conmigo en esa habitación, por eso tomé la cuerda y arrastré las ropas por el suelo de la casa hasta el magnolio. Me subí, anudé mi cuello y pateé la silla. Para que Marta se agolpara a los labios de ese hombre y yo, Margarita Riquelme, descansara en la memoria de las bestias.